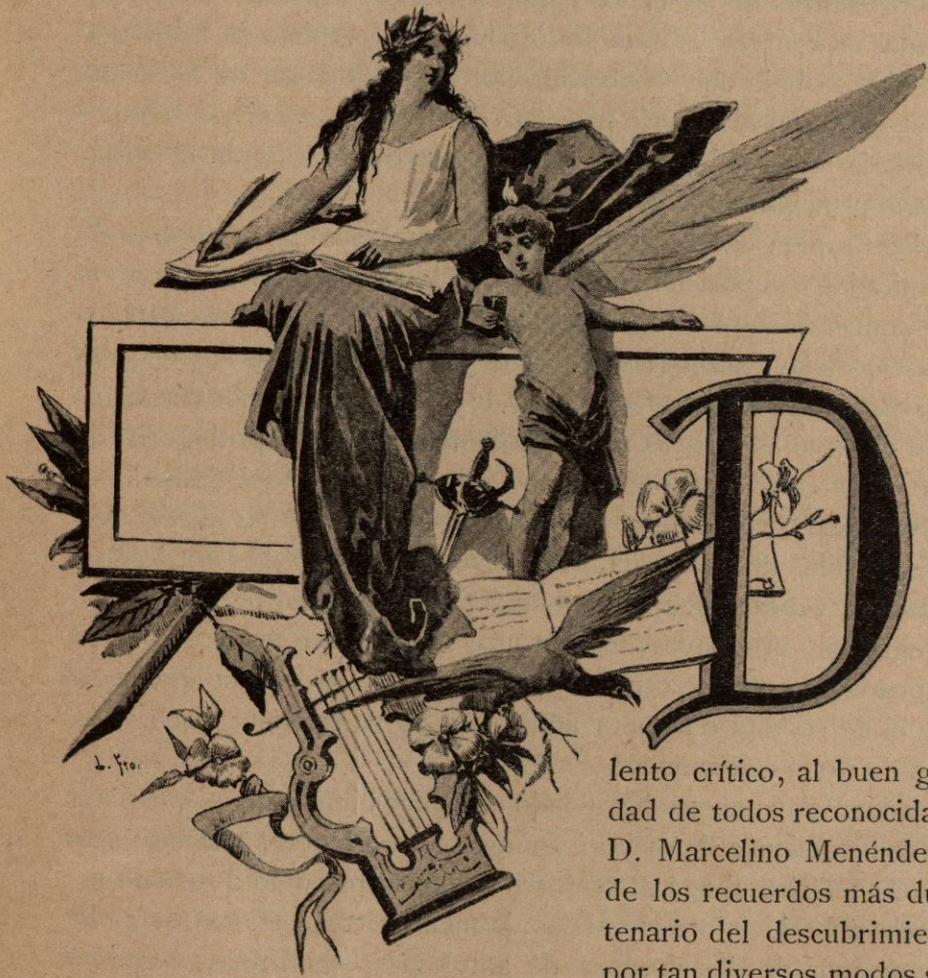


# LA ANTOLOGÍA DE POETAS HISPANO-AMERICANOS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



ESDE luego, y sin vacilación alguna podemos afirmar que la *Antología de poetas hispano-americanos*<sup>1</sup> publicada recientemente por la Real Academia Española y encomendada al superior ta-

lento crítico, al buen gusto y á la laboriosidad de todos reconocida del ilustre académico D. Marcelino Menéndez y Pelayo, será uno de los recuerdos más duraderos del IV Centenario del descubrimiento de América, que por tan diversos modos se ha celebrado en los países españoles de ambos mundos. No podía

hacerse más acertada ostentación de la simpatía que todo cuanto se refiere á nuestros hermanos de allende el Atlántico nos inspira, como este magnífico monumento elevado á sus glorias literarias por la autorizada Corporación, que por la pureza y perpetuidad de nuestro común idioma, vela con tan especial ahinco. Ni podía encar-

<sup>1</sup> *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Real Academia Española; tomo I. México y América Central. Madrid, 1893. Establecimiento tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra. Un vol. de CLXXXII-393 págs. y 17x23 centímetros.

garse tan honrosa tarea á persona más competente que al que es hoy el historiador único é indiscutible de la literatura española, y al que ha mostrado desde sus primeras obras no serle indiferente ninguna de las manifestaciones de la misma, confundiendo en idénticos sentimientos de amor y simpatía á cuantos pueblos hablan y escriben actualmente la lengua de Cervantes.

Una vez más confirmanse ahora tales sentimientos y tan notoria competencia, en el importantísimo prólogo del primer tomo de la *Antología* que tenemos á la vista, cuadro animado y exacto de la poesía castellana en México y Centro-América, al cual han de seguir en breve otros de no menos jugo y trascendencia. Esas interesantes introducciones tomadas en conjunto, formarán una historia completa de la enorme producción lírica americana, trabajo que estaba aún por hacer, á pesar de lo mucho que su falta se sentía, y, junto con el criterio exquisito de selección, en el que siempre se echará de ver la acertada mano del Sr. Menéndez y Pelayo, constituirán el verdadero atractivo, el *reclamo* principal de la *Antología*.

No es esta la vez primera que general ó parcialmente se acomete la vasta tarea de coleccionar las más inspiradas composiciones del lirismo hispano-americano, con el fin de que mutuamente conozcan su producción en este género los distintos estados que forman la América española. Antologías generales y particulares las hay en gran número publicadas, y asusta considerar la fecundidad de nuestros hermanos trasatlánticos en este punto. Ya observó años atrás muy cuerdamente el actual prologuista de la *Antología* objeto de estas consideraciones, en su nueva edición del *Horacio en España*<sup>1</sup>, que las colecciones pertenecientes al primer grupo, como las dos ó tres *Américas poéticas*, ya especiales de cada país, como las *Liras y Parnasos* mexicanos, centro-americanos, cubanos, venezolanos, colombianos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, chilenos, argentinos y uruguayos, forman una tan enorme masa de versos líricos, que quizás no pueda encontrarse otra mayor, producida en lengua alguna en tan corto tiempo como el de sesenta ó setenta años, que no se remonta mucho más allá la que más alcanza de estas colecciones.

Es lástima que Menéndez Pelayo no nos haya dado un índice bibliográfico, que fuera curioso, de todas esas compilaciones, la mayoría indigestas, verdaderos almacenes de versos en que el criterio numérico ahoga al estético, que han precedido á su concienzudo trabajo. Sin conocer á fondo, ni de muy lejos, la materia como el escritor montañés, tenemos noticia de más de dos docenas de antologías americanas, hasta el presente publicadas.

Esa prodigiosa abundancia de materiales, esa obscura, intrincada y espesa selva de la poesía americana, más llena de malezas y matorrales y de vegetación más pródiga y desbordada que la de los vírgenes bosques que hacha en mano tuvieron que destrozarse los antiguos conquistadores, pedían á voz en grito una selección acertada, á la par que indican elocuentemente la dificultad del honroso encargo por la Academia confiado al joven crítico español. Verdad es que en este, lo que es hoy dulce

<sup>1</sup> Menéndez y Pelayo.—Obras completas.—*Horacio en España*. Madrid 1885, tomo II, pág. 244.

mandato y gratísima confianza, fué antes vehemente deseo y proyecto de largo tiempo acariciado, pues ya en el prólogo del primer tomo de la *Antología de poetas líricos castellanos*, había formulado claramente el mismo pensamiento que hoy la docta Corporación de la calle de Valverde, para conmemorar el IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

\*  
\* \*

El tomo que á la vista tenemos, primero de la *Antología*, comprende la producción lírica de México y América Central. De su no escaso número de páginas, 182 con foliación separada, están dedicadas á trazar una brillante y animada pintura de sus vicisitudes históricas hasta su actual estado, con las limitaciones que más adelante indicaremos, y 384 á las composiciones que, dado el triple criterio estético, histórico y geográfico que preside en la colección, han debido y podido figurar en ella. De su plan sucesivo nada podemos adelantar con seguridad, desde el momento en que el propio Menéndez y Pelayo no lo indica. Según nuestras referencias, la *Antología* constará de tres tomos y en ellos se distribuirán los parnasos de las naciones hispano-americanas del siguiente modo: en el primero, los de México y Centro-América; en el segundo los de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela, destinándose el último para los de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay. Es posible que esta distribución sufra algunas modificaciones posteriormente; y es hasta probable que con ella suceda algo parecido á lo que le ha pasado á su autor con la *Historia de las ideas estéticas en España* y con la *Antología de líricos castellanos*. Por nuestra parte, antójásenos cosa muy difícil dadas las dimensiones y el contenido del primer tomo, que en los dos sucesivos quepa toda la producción lírica selecta, del resto de la América española.

La nueva *Antología* comprende sólo composiciones y juicios de los ingenios americanos que ya no existen y excluye rigurosamente unas y otros cuando se trata de escritores que viven todavía. Funda la Academia, y en su nombre Menéndez y Pelayo, esta exclusión, en razones de decoro literario y de discreción, hasta cierto punto atendibles cuando se refieren al deseo de no herir susceptibilidad alguna en una obra cabalmente destinada á estrechar lazos de fraternidad entre pueblos de una misma raza; pero ya no tanto cuando se basan en anhelos de imparcialidad crítica. En este punto, aunque nuestro doctísimo amigo defienda con su habitual ingenio y con superior habilidad su parecer, no nos convence. En el fondo consideramos poco acertada la determinación tomada por la Academia, porque malogra la magnífica oportunidad que se le ofrecía de levantar un monumento completísimo á las glorias poéticas de la América española, que lo son también de nuestro Parnaso. No se encuentran á mano todos los días, historiadores literarios de la talla de Menéndez. Además, comprenderíamos muy bien tan delicados escrúpulos en una obra destinada á juzgar á escritores á la vez contemporáneos y conterráneos. Tarea difícil es enton-

ces, porque el crítico vive con ellos en comunicación continua é inmediata, cuando ligado con estrechos lazos de amistad, cuando separado por invencible antipatía; pero no en el caso presente, en que la distancia de espacio viene á producir, en cuanto á la imparcialidad crítica, efectos análogos á la de tiempo, y en que el historiador crítico está revestido de la autoridad que da un saber tan extraordinario como el de Menéndez Pelayo, y amparado por otro prestigio más alto por mucho que lo sea el propio, cual es el que indudablemente rodea á la Real Academia Española.

Como nuestro mismo amigo confiesa y reconoce, algunos de los autores vivos son de los que más honran actualmente la lengua castellana y de los que con mayor encomio mencionará la futura historia literaria. Gracias á estas impuestas omisiones, en ciertas repúblicas, el desarrollo del género lírico quedará sumamente incompleto. Debe tenerse en cuenta que salvo algunas regiones, como por ejemplo México, donde las tradiciones literarias arrancan de la más antigua época colonial, en la mayor parte, el florecimiento lírico es cosa relativamente contemporánea. Han muerto los padres de la patria americana, pero no todos los patriarcas de sus letras, y se podrá dar el caso de que la crítica hable de los discípulos y no se atreva á decir una sola palabra de los maestros; que conozcamos en la Antología las imitaciones, pero no los modelos, y que por un lado se trate de escritores, si muertos ayer, casi contemporáneos, mientras se guarde por otro respetuoso silencio respecto de poetas que sólo materialmente sobreviven á su época, y que han visto sucederse dos y hasta tres generaciones literarias. Con uno de estos inconvenientes ha tropezado ya en el primer tomo Menéndez y Pelayo, al tratar de México. Guillermo Prieto es el actual decano de las letras mexicanas; es contemporáneo de Carpio y de Pesado y aun de Quintana Roo, y sin embargo hay que omitirle «á despecho de la cronología literaria—son palabras del propio prologuista—y hablar de poetas mucho más jóvenes, pero que pagaron ya á la muerte el común tributo»<sup>1</sup>.

Fuera de este lunar que á nuestro modo de ver despojará á la Antología de no pequeña parte de su interés en los países americanos, lunar de que no es responsable el doctísimo coleccionador, no vacilamos en asegurar, que será aquélla la mejor, la más científica, la más completa, cualitativamente considerada, y la más imparcial de todas las que hasta el presente hánse publicado. El afán de abultar el cartapacio ó la vanidad regional habían dado á muchas, proporciones desmesuradas que no estaban en razón directa con el valor estético de los materiales.

Mas no será el criterio de lo bello el único que guíe al crítico español en su penosa tarea de selección. Aunque esté en contradicción con su etimología, no es hoy tan sólo una Antología, ramillete escogido de las flores más hermosas de la inspiración de un pueblo; ni tampoco, archivo de curiosidades poéticas; ni mucho menos, almacén de composiciones recogidas al acaso sin más norma que el capricho. Ni es finalmente la Antología moderna el aristocrático cancionero medioeval con historias páginas y artística cubierta, compuesto para solaz de damas y de caballeros des-

<sup>1</sup> Op. cit., pág. CXLVIII.

ocupados. Hoy es algo y mucho más que esto: libro de estudio, mapa de la cultura poética de un país, índice que señala la medida de su gusto y de sus aficiones, historia literaria compendiada y pragmática de una poesía determinada, monumento, en fin, levantado á su grandeza en el tiempo y en el espacio. Tal es la Antología científica que demanda la crítica actual, la Antología convertida en museo vivo, aquella en cuya formación preside primordialmente el estímulo de lo bello, es verdad, pero no de un modo absoluto, mas uncido al carro de la realidad histórica. En ella tiene cabida toda poesía que aun sin ser una obra maestra, posea un valor propio como documento de la vida literaria de un pueblo.

Pero cuando se trata de una lengua tan gloriosa como la castellana, señora del tiempo y del espacio, y émula de las clásicas en sobrevivirse á sí propia y en extenderse á apartadas regiones, no basta tampoco el criterio estético, ni aun el histórico para dar testimonio de su grandeza; hay que verla además, en nuestro caso especial, triunfadora desde las orillas del Bravo hasta la región del Fuego, llenando con su armonioso acento dos inmensos continentes y dieciséis nuevas Españas, copia exacta en sus costumbres, en sus sentimientos, en su fe y en su inspiración de su madre patria. Con esto hemos explicado el plan y señalado los límites de la colección poética americana de la Real Academia.

\* \* \*

Era ya hora de que la poesía castellana del otro lado de los mares *hiciese su entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debiera estar incorporada*<sup>1</sup>. A la Academia correspondía el privilegio honroso de realizar esta incorporación, de poner de manifiesto los dulces y naturales lazos de dependencia que han existido hasta ahora, y que cuando menos, trocados en relaciones íntimas, existirán siempre—mientras viva y aliente la lengua castellana—entre la poesía hispano-americana y la de la antigua metrópoli. «Hay tiranos, decía Valera en cierta ocasión, contra quienes nada pueden ni valen, ni es menester que puedan ni valgan los Washington y los Bolívar. Y estos excelentes, invencibles inmortales y dulces tiranos se llaman Cervantes, Shakespeare y Camoens».

No hay solución de continuidad entre nuestra civilización y la de nuestros hermanos de América y mucho menos por tanto entre su poesía y nuestra poesía. Ambas entrelazan y confunden su frondoso ramaje, como dos árboles que tienen las mismas raíces, que se nutren del mismo suelo y que una misma fuente fecunda. Si se desgaja la producción literaria de las dieciséis Repúblicas trasatlánticas de su tronco común, se le quita su base, su unidad y cohesión, y aparecerá rota en tantos pedazos como aquéllas sean, cual girones dispersos de un rico manto, que mostrarán dibujos y ornatos fragmentarios, mas no la traza general de sus labores.

Y ha de transcurrir mucho tiempo antes que las letras castellanas de aquende y

<sup>1</sup> Op. cit., pág. V.

allende el Atlántico pierdan esa hermosa homogeneidad, y también antes que cada nación hispano-americana tenga literatura verdaderamente propia y original. Sopló sobre ellas el aliento fecundante de la inspiración española, y á su calor se reprodujeron luego las mismas influencias, idénticos ideales y aun iguales desfallecimientos y caídas que en aquélla.

En ninguna otra nación se ve más palpable esta adhesión forzosa de la hija á la madre, que en la poesía mexicana. Con razón se llamó á México, con el nombre de Nueva España. Su historia literaria y su fisonomía española son la prenda más cierta de que la madre patria no tenía otro anhelo que reproducirse fidelísimamente en aquel Nuevo Mundo que las hazañas de los conquistadores engarzaban á su corona; y si lo que nos cuentan del desprendimiento de la Reina Católica no es más que una bellísima leyenda, la historia de la colonización de América se cuidó de hacerla verdadera y de convertirla en símbolo de altísima significación, pues no hizo España otra cosa que desprenderse de su sangre y de sus tesoros, para poder un día llamar hijas suyas á las regiones todas del continente americano.

\* \* \*

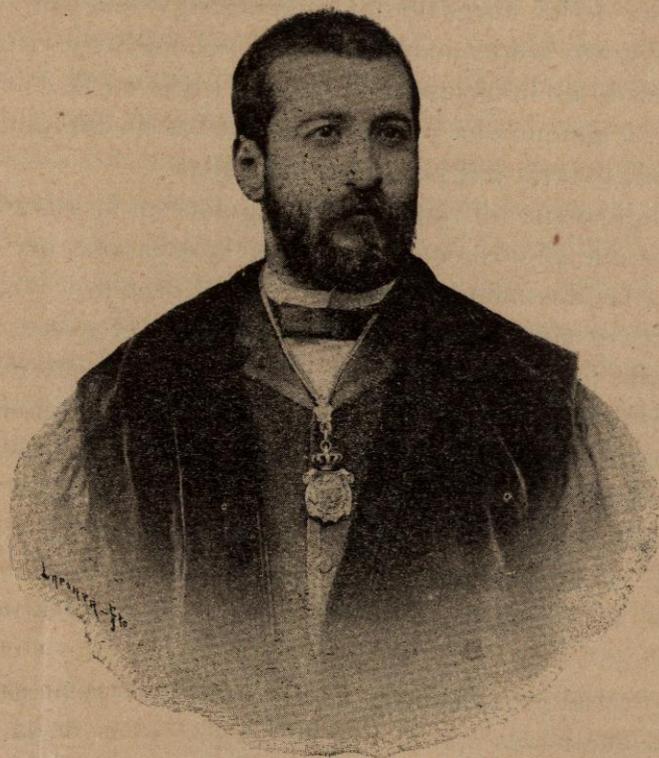
Ha llegado ya el momento de dar á nuestros lectores una puntual idea del contenido de la Antología hispano-americana.

Comienza Menéndez y Pelayo la historia de la cultura literaria de México, por los dos principales elementos de ella, implantados casi al mismo tiempo que se establecía el Gobierno virreinal, á saber: la Imprenta y la Universidad, inaugurada ésta solemnemente en 1553, y llevada aquélla allí algunos años antes, por un dependiente del conocido impresor de Sevilla, Cromberger. México es la ciudad del Nuevo Mundo que más madrugó en poseer el invento colosal de Guttemberg, y en aprovecharse de sus resultados. Apenas había terminado el siglo xvi y ya habían salido de sus prensas 116 libros, que son los primeros preciosos incunables de la bibliografía americana.

La musa castellana da allí sus primeros pasos en los versos panegíricos y en las relaciones de fiestas, y los más antiguos se contienen en el rarísimo opúsculo que Francisco Cervantes de Salazar publicó en 1560 con el título de *Tímulo imperial de la gran ciudad de México á las obsequias del invictísimo César Carlos V.*

La verdadera iniciación literaria la recibió México de poetas y humanistas españoles tan excelentes como Gutiérrez de Cetina, Eugenio Salazar de Alarcón y Juan de la Cueva, así como del notable prosista Mateo Alemán, que en 1609 imprimió allí su *Ortografía Castellana*. Predominó en este primer período de su literatura, en el siglo xvi, la influencia italiana, principalmente la de Herrera, contrastada algún tanto por la llaneza prosaica de Salazar, y por la venida de Juan de la Cueva, más poeta que éste, pero no menos despilfarrado y libre. Florece también la épica en manos de

Francisco de Terrazas, el más antiguo poeta mexicano de nombre conocido, que inaugura con su poema *Nuevo Mundo y Conquista*, el numeroso ciclo de los consagrados á las inmortales hazañas de Hernán-Cortés. La poesía dramática tiene un cultivador en el ingenio español, Fernán-González de Eslava, el cual en sus 16 *Coloquios Espirituales y Sacramentales*, escritos entre los años de 1567 y 1600, nos da una muestra única, pero curiosísima del primitivo teatro mexicano, de un teatro rudo, anterior al de Lope de Vega, que nos hace entrar en las intimidades de la vida colonial. Corona este período la brillante figura de Bernardo de Valbuena, el cantor de la *Grandeza Mexicana*, á quien dedica Menéndez y Pelayo, páginas llenas de calor



DR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

y entusiasmo, considerándole como el primer poeta genuinamente americano, *el primero en quien se siente la desatada y exuberante fecundidad de la naturaleza del Nuevo Mundo*.

Caracterizan las letras mexicanas en el siglo xvii, al igual que á las españolas, el predominio del culteranismo y del conceptismo. Pasaremos por alto los desafueros gongorinos de esta época, fomentados por certámenes donde sólo se rendía culto al gusto más depravado, dejaremos á un lado también los poemas que por entonces se escribían, cuyos largos y enrevesados títulos bastarían para arredrar al más sufrido lector, para fijarnos en la única figura á quien se reduce la poesía mexicana del siglo xvii, en Sor Juana Inés de la Cruz, á la cual declara superior Menéndez á todos

los poetas del reinado de Carlos II. Su semblanza es una de las más perfectas de las muchas que contiene el interesantísimo prólogo. Hay en ella tal riqueza de color, tan caluroso entusiasmo, que vemos á la simpática poetisa mexicana de cuerpo entero, triunfando con su belleza en la corte virreinal, con su sabiduría en la Universidad, entregándose en su celda á asperísimas penitencias, hallando en su pasión sincera afectos limpiamente expresados en medio de una atmósfera contagiosa de pedantería literaria, y en sus anhelos místicos los acentos delicados de un San Juan de la Cruz y un Fray Luis de León. «Tales prodigios, exclama, obraban en esta humilde religiosa, así como en otras monjas casi contemporáneas suyas, la pureza y elevación del sentido espiritual, y un cierto género de tradición literaria sana y de buen gusto, conservada por la lectura de los libros de devoción del siglo anterior <sup>1</sup>.» Quizás la admiración que siente el docto académico por aquella vehemente escritora, le lleva á ser excesivamente benévolo en la inclusión de poesías suyas en la Antología. Más de 50 páginas les destina, y aunque ella y Navarrete son los únicos poetas que representan la época colonial, todavía nos parecen demasiadas.

Al entrar en el siglo XVIII, distingue el prologuista en la literatura mexicana, los dos períodos ó fases que se observan también en la española, que corresponden con bastante exactitud á las dos mitades del siglo. En el primero, dice, continúa dominando, aunque cada vez más degenerado y corrompido, el gusto del siglo anterior. En el segundo triunfa la reacción clásica ó pseudo-clásica, que exagerada cae en el prosaismo más trivial y rastrero. Prosaicos más que clásicos, é imitadores de Iriarte y Gregorio de Salas, más que de Diego González y Meléndez, fueron Larrañaga, el fabulista Fernández Lizardi y José María Sartorius. Además representan la reacción clásica iniciada á mediados del siglo, los dos insignes jesuitas, el P. Diego José Abad y el P. Francisco J. Alegre, contra quien reproduce Menéndez por su traducción virgiliana de Homero, los mismos cargos que le hizo en su *Historia de las ideas estéticas en España*.

Dió un golpe mortal al prosaismo casero del siglo XVIII la fundación de la *Arcadia mexicana* que inicia una nueva época. Fué su *mayoral* el P. Navarrete, último poeta del ciclo colonial. Los que le siguen—algunos contemporáneos suyos—cantaron ya la independencia de su patria. Sin considerar al arcádico franciscano como un modelo intachable, le halla Menéndez correcto en la versificación, sano y copioso en su lenguaje, en el que se revela el estudio de los buenos clásicos españoles, y bastante elevado en sus poesías morales y religiosas. Transcribe de él en la sección antológica un soneto y unos fragmentos de su poema eucarístico *La Divina Providencia*, á trechos prosaico, si en otros fluido y numeroso.

El grandilocuente Quintana así inspiró á muchos de nuestros poetas patrióticos, como á los que en el Nuevo Mundo alentaban la causa de la libertad americana, y en México los acentos varoniles de los Quintanas Roo, Sánchez de Tagle, Ortega y Castillo y Lanzas. Con dicha influencia combinábase la de D. Alberto Lista, amigo

<sup>1</sup> Op. cit., p. LXXII.

del primero, la de Meléndez, y en general la de los poetas de la escuela sevillana de fines del siglo XVIII. El más inspirado y correcto de este grupo nos parece Francisco Ortega, cuya oda á la *Coronación* de Itúrbide, es un rasgo valiente de energía, de alma y de inspiración. De Gorostiza se transcribe en la Antología un bellissimo romance morisco, mientras en el prólogo se retrata en soberbias pinceladas su especial índole dramática, que sólo hasta cierto punto puede compararse con la de Moratín y la del autor de *Marcela*.

No tuvo imitadores de cuenta en México la comedia clásica ó moratiniana; en cambio los halló el drama caballeresco y romántico del duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzembusch. Con esta influencia combinóse la del romanticismo lírico, siendo intérpretes de ambas Fernando Calderón ó Ignacio Rodríguez Galván. Y al llegar á aquella gran evolución literaria, reanuda el crítico español las sustanciosas consideraciones apuntadas en las advertencias generales del prólogo, sobre los límites del *americanismo* en la poesía castellana del Nuevo Mundo y los de la influencia española en ella. Con imparcial criterio sentó en las primeras que lo más original del parnaso hispano-americano es y debe de ser siempre la poesía descriptiva y la poesía política, y ajustándose ahora á la premisa de que la originalidad única y posible en aquél, es la que se nutre del medio ambiente físico y de la savia de la realidad histórica, demuestra que de los dos principales elementos del romanticismo—el subjetivo y el arqueológico medioeval—, sólo el primero pudo ser transplantado al suelo americano. Ya dijimos también nosotros en otro lugar <sup>1</sup>,—y nos place haber coincidido con las opiniones del insigne escritor montañés—, que los americanos no debían pedir prestados á Europa la naturaleza y la historia. En cuanto á la primera poseen las maravillas de un mundo virgen y sublime, ante el cual el europeo ha de inclinar la frente, y si no están agobiados como nosotros *por el peso de una larga historia civilizada* todavía, pueden respirar el ambiente vigoroso de una segunda naturaleza moral, en los recuerdos de una conquista sobrehumanamente heroica, en la ruina pavorosa y dramática de los gigantescos imperios de las razas aborígenes, en los esfuerzos vigorosos de la colonización y en los épicos sacudimientos de la independencia. Pero no vayan á buscarla más allá; que de abusar de las tradiciones paleontológicas de aztecas, chibchas, quichúas y guaraníes, corren riesgo de caer en un romanticismo más arbitrario que el medioeval, como lo sería el que en nuestra vieja Europa buscarse su inspiración en las hazañas y supersticiones de galos, celtas é iberos.

«Tales razones, añade Menéndez y Pelayo, explican el desmedrado fruto que cosechó el romanticismo en América, á lo menos en su primera y nativa forma, y porque su acción fué más bien negativa y disolvente que positiva y fecunda como lo había sido en Europa <sup>2</sup>.»

En México, *país de arraigadas tradiciones clásicas á las cuales vuelve siempre*, el

<sup>1</sup> *Del americanismo en la poesía*, carta al Sr. D. Juan León Mera sobre sus *Melodías indígenas*. *Anales de la Instrucción pública* de Colombia. Bogotá, 1892, núm. 121.

<sup>2</sup> Introducción, p. CX, op. cit.

romanticismo hizo pocos prosélitos, y sus principales representantes, como hemos dicho ya, fueron Calderón y Rodríguez Galván, aquél de más talento dramático que lírico, éste de más talento lírico que dramático. Calderón no pudo crear un teatro nacional, cosa difícil siempre y mucho más en sociedades nuevas, pero sí abasteció con ensayos muy regulares las tablas de los de México, durante algunos años. Rodríguez Galván era un gran lírico, á pesar de sus extravíos. Cuando quería, sabía hallar la verdadera inspiración con algo de aparatoso y solemne, sin rayar en los lindes de lo ridículo, cual tan frecuentemente sucedía con nuestros poetas de la misma escuela, á quienes imitó en esperpentos tan desatinados como *El Buitre*. En cambio *La Profecía de Guatimoc* es quizás la obra maestra del romanticismo mexicano. Sería más clásica que romántica con un poco más de sobriedad; mas á pesar de ello hay allí mucha inspiración, mucha grandeza. A todo el que sienta hondamente la poesía, impresionará siempre y seducirá con singular prestigio la reposada, solemne y varonil elocuencia de la sombra de Guatimocin.

Poco duró en México la invasión romántica. La estancia de Heredia primero, y la aparición de Pesado y Carpio, reanimaron de nuevo el culto de la poesía clásica. Estos dos últimos poetas señalan un cambio de gusto en las letras mexicanas y el principio de una dirección sana que todavía no se ha extinguido. Su mérito relativo es muy grande. La pasión sectaria se lo ha negado, porque ambos fueron profundamente católicos y trabajaron constantemente por levantar con sus inspiraciones el sentimiento religioso, y Menéndez indignado ante tanta injusticia, reproduce, y extrema quizás, la nota encomiástica que asomó ya en su *Horacio en España*, cuando trata de Pesado. Sentimos discrepar en este punto de nuestro docto amigo. Hallamos en Pesado como en ninguno, exquisita corrección, expresión sencilla á la vez que elevada cuando el asunto lo requiere, serenidad noble, alteza de pensamientos. En sus versos andan juntas, en muchas ocasiones, la grandeza bíblica y la corrección ática. Es el poeta de quien más composiciones intachables pueden elegirse. Con todo eso, el lírico mexicano fatiga y no hiere fuertemente la imaginación, ni llega generalmente al alma. Hay en él mucho convencionalismo, pobreza de ideas, vulgaridades caseras, falta de estro verdadero, desleimiento y monotonía. Los más de sus numerosos versos son vagos é impalpables como la vía láctea. Elige asuntos que no siente, mostrando más poesía de cabeza que de corazón, poesía tibia que no calienta, ni enamora sino por su hermosísima y clásica forma. ¡Hasta la elegía á *Elisa*, una de sus composiciones más celebradas, qué fría y académica resulta! ¡Qué pobreza de recursos supone al enumerar las constelaciones que Elisa ve desde la gloria! Más nos gusta Pesado en algunas composiciones descriptivas, que son como reconoce Menéndez y Pelayo, lo más original, lo más mexicano y lo más perfecto de su producción poética, v. gr., *Las escenas del campo y de la aldea en México*, el bellísimo soneto *El molino*, etc., etc.

Como la mayor parte de los poetas que siguen las huellas de Pesado,—y que como él pertenecen á la escuela clásica en poesía, y conservadora en política—, viven toda-

vía, el diligente crítico después de consagrar un recuerdo á Arango y Escandón, á Guzmán y la Puente y Apezechea, pasa á hablar de los de la escuela opuesta, en la cual con escepción, en cuanto á la forma, de Ramírez y D. José Rozas—cuya sentida poesía *El valle de mi infancia*, debió influir sin duda en la no menos tierna y correcta de Casimiro del Collado, *Liendo ó el valle paterno*—vuelve á reaparecer una especie de romanticismo, pero esta vez con caracteres ateo y sensual muy marcados. Sus más renombrados corifeos son Manuel Acuña y Manuel María Flores. El juicio que del primero hace el escritor montañés, puede ponerse al lado, sin desmerecimiento alguno del de Sor Juana Inés de la Cruz.

Si basta para ser poeta haber escrito una sola de estas composiciones que no mueren, porque quedan grabadas en los corazones de una generación entera, cuando no alcanzan á perpetuarse en los de la posteridad, Acuña lo es, pues no una sino dos veces logró esta sanción soberana del genio verdadero. Sus tercetos *Ante un cadáver* son de lo más vigoroso é inspirado que ha producido el materialismo moderno, iluminando con un rayo de poesía las lobregueces mismas de la tumba, y haciendo brotar lágrimas, flores, mariposas, la vida entera eternamente renovada, del propio cieno de la descomposición.

Si *Ante un cadáver* es un reto á Dios y á las creencias, la oda del orgullo positivista; el *Nocturno*, es el grito de la desesperación. Tiene razón Menéndez y Pelayo: es poesía que no puede leerse sin experimentar cierto terror. Nunca se ha cantado el desencanto de una pasión con tanta sinceridad, con tanto fuego, con tanta agonía. El más angustioso desconsuelo dictó aquellos versos y guió la pluma de Acuña, que debió de escribirlos tembloroso de emoción y concluirlos, estenuado por sus roncas quejas.

Con D. Manuel M. Flores terminan el prólogo histórico-crítico y la *Antología*, en la parte relativa á México. Nuestro distinguido amigo hace justicia al vate mexicano. La versificación espléndida y fácil, la imaginación fogosa y hasta la corrección relativa de forma, muy superior á la de Acuña, alcanzarán siempre á las *Pasionarias* un sitio de honor en el Parnaso lírico. No podemos decir otro tanto de la elevación de sus ideas. Nuevo Juan Segundo ha cantado el beso con lujuriosa profusión, y ha hecho de él el fondo, el recurso retórico y hasta el desenlace obligado de la mayor parte de sus poesías, llevándole la abundancia con que lo prodiga hasta la necesidad de inventar vocablos que le sirvan de consonante al suyo favorito: v. gr., *enceso*, por encendido. Cuatro composiciones de Flores ha incluido Menéndez en la *Antología*, entre ellas *Bajo las Palmas*, opulenta descripción de la naturaleza americana digna del pincel de Zorrilla, y *Eva*, raudal de armonía é imaginación brillante, que el malogrado Revilla calificó de joya literaria de gran precio.

\* \* \*

Sólo para cumplir con el deber que nos hemos impuesto de dar una idea lo más completa posible del primer tomo de la *Antología*, vamos á dedicar unas pocas líneas á la producción lírica de Centro-América. Las cinco Repúblicas que hoy forman esta región apenas tienen historia literaria. Son naciones jóvenes y algo artificiales, y sólo de medio siglo á esta parte comienzan á poseer parnaso propio, aunque sin caracteres bien marcados, como apenas los ofrece su confusa y poco deslindada vida política. Guatemala es la única excepción. Ella fué ciudad colonial importante, que ya tenía imprenta en el siglo xvii, y Universidad pontificia, y aun poetas en el siglo xvi,—muy celebrado uno de ellos por Cervantes en el *Canto de Caliope*—, y ella ha sido cuna de los escritores más importantes de Centro-América. Díganlo sinó el P. Rafael Landivar que figura entre los mejores poetas de la moderna latinidad, autor de la famosa *Rusticatio mexicana*, que en la historia de la poesía descriptiva del Nuevo Mundo, ocupa, al decir de Menéndez, el punto intermedio entre la *Grandeza mexicana* y las *Silvas* de Bello: el P. Fray Matías de Córdova, cuyo notable poemita titulado *Fábula moral*, figura en la *Antología*: D. José de Batres y Montufar, la verdadera y mayor gloria poética de Guatemala, á quien coloca la crítica por sus *Tradiciones* festivas de esta ciudad, en lugar inferior, pero no muy distante de Bello, Olmedo y Heredia: D. Antonio José de Irisarri, uno de los hombres más doctos de la América española, fundador del *Censor americano* en Londres; los hermanos Diéguez, de los cuales uno por lo menos, es poeta bastante fácil é inspirado, etc. Estos cinco escritores son los únicos centro-americanos, de quienes se publican poesías en la *Antología*. De las restantes Repúblicas no han merecido mención honrosa más que D. Miguel Álvarez de Castro y Quiñones Sunzin, primeros que florecieron después de la emancipación de la colonia, Ignacio Gómez, del Salvador y Manuel Molina Vigil, hondureño. Los límites impuestos á Menéndez y Pelayo por la Academia, le impiden hablar de Rubén Darío, poeta de los más geniales é inspirados de la nueva generación, destinado á dar honra á su patria y á ejercer en ella un día un transcendental influjo literario.

Conviene ya poner término á este largo y enfadoso análisis. Aunque debamos dolernos una vez más de que la Academia no haya querido tener otra voz que la severa de la posteridad, hemos de felicitarla sinceramente por el monumento de granito que ha levantado á la historia literaria de América, y al Sr. Menéndez y Pelayo por haber escrito una brillante página de esa misma historia con la pluma de los Saint-Beuve, de los Taine y de los Macaulay. Quedamos aguardando con verdadera impaciencia los tomos, y sobre todo los prólogos sucesivos, y deseando á la *Antología* de líricos americanos la misma suerte que á la de los líricos castellanos: que la obra se agigante en manos del gran artista de la crítica.

A. RUBIO Y LLUCH

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
BIBLIOTECA